

serablemente perdidos. ¡Oh, María, Madre de misericordia! á Ti nos recomendamos; á Ti, hermosa Estrella de la mañana, tan poderosa para mover los corazones que es imposible resistirte. ¡Ah! si; ven, Estrella matutina, como te llama la santa Iglesia, ven y levántate en nuestro corazón para señalarnos el camino que conduce directa y seguramente á tu dulce Hijo Jesús; haz con el poder de tu amor, que sintamos suave y deleitosa necesidad de volver á la vida de su gracia, para que, fortalecidos cada día más en ella, vivamos constantes y fieles hasta la hora de nuestra muerte. ASÍ SEA

DIA VEINTE Y DOS.

LOS MAGOS EN BELEN.

*Intrantes domum, invenerunt puerum cum Maria matre ejus, et proci-
dentes adoraverunt eum.*

Entrando en la casa, hallaron al niño con María su madre, y postrados le adoraron.

(MATTH. II, 11.)

Bienaventurado el hombre, exclamaba el santo profeta David, que se acoge al asilo del Altísimo, porque descansará bajo la protección del Dios del Cielo, y nada tendrá que temer sobre esta tierra (1). Sean sus enemigos tan numerosos como las estrellas del Cielo, ó las arenas del mar, no por esto conseguirán vencerle ni sobrepujarle, sinó que caerán mil á su lado izquierdo y diez mil á su diestra, sin que le causen el más leve daño, ni puedan siquiera acercársele con esperanza de alcanzar el más insignificante triunfo (2). Y no sin razón ensalzaba el real Profeta con tanta solemnidad el poder y la

(1) PSALM. XC, 1.

(2) PSALM. XC, 7

bondad de Dios; porque nadie mejor que él la había experimentado. ¿Quién ignora la terrible persecución que sufrió de un rey reprobado por Dios, que á toda costa le quería muerto, viéndose obligado largo tiempo á vagar por valles y montes, entre selvas y desiertos, rodeado siempre y en todos lugares de satélites, y en medio de tantas asechanzas, que el ánimo se siente sobresaltado con solo leer su historia? Pero en esa encarnizada guerra triunfaba David, con solo exclamar, lleno de fé en su Señor: «Tú eres, Dios mio, mi fortaleza y mi asilo; en Ti tengo puesta mi esperanza; no quedaré yo para siempre confundido» (1). Esta protección, hermanos míos, es común á todos los verdaderos siervos del Altísimo. En efecto, he ahí otro Profeta, que enviado por el mismo Dios á echar en rostro á Israel sus iniquidades, teme aceptar el mandato, seguro de que le quitarán la vida. «No temas, le dice Dios, porque contigo estoy para sacarte de cualquier embarazo (2).» Y así sucedió, pues, en verdad, si Dios, virtud infinita, sin cuyo beneplácito no cae un solo cabello de nuestra cabeza, está con nosotros, ¿quién osará oponérsenos con esperanza de prevalecer? Nadie, hermanos míos; y aunque fuese el hombre más astuto y poderoso de la tierra, no impedirá un solo paso á los hijos de la gracia en las admirables sendas por las cuales les conduce la Providencia divina. Os presento esta noche una luminosísima prueba de esta verdad en los santos Reyes Magos, que cumplen su viaje, buscando y hallando en Belén al nacido Salvador del mundo. Pidamos ántes la gracia: A. M.

Ya visteis como los Magos quedaron estupefactos en Jerusalem, donde creían hallar al nacido Rey de Israel, porque todos se asombraban de su pregunta, y ni uno solo sabía el nombre del monarca recién nacido. ¿Qué resolución tomarán? Acaso tornar atrás? ¿Desesperarán de la empresa? La Estrella ¿habrá quizás sido una ilusión? El caso era difícil; pero, por lo mismo que se mantuvieron firmes en la fé, se dirigieron á Dios en su corazón, y no tardaron en ser plenamente consolados. A la sazón reinaba en Jerusalem Herodes (3), usurpador del trono y feroz tirano de la nación hebráica, á quien todos odiaban y detestaban como un azote del Cielo. Le detestaban los grandes, porque á la menor sospecha les hacía encarcelar, encadenar y matar; le detestaban los sacerdotes, despojados de sus privilegios, y hechos continuo blanco de su bestial furor; le detestaba el

(1) PSALM. passim.

(2) JERE. I.

(3) MATTH. II, 1.

pueblo, porque además de ser extranjero, despreciaba y destruía la santa religion de Abraham, de Isaac y de Jacob y las tradiciones judáicas. Tan cierto es, que los malvados son abominados universalmente, y á duras penas los reverencian algunos pocos, que, ó participan con ellos en la iniquidad, ó temen su venganza. Pero, si esos malvados pudieran leer en el corazon de los pueblos, se espantarían, viendo que no hay para ellos más que odio y abominacion.

Noticioso Herodes de la llegada de los Magos, y del motivo que les había guiado hasta allí desde sus remotas regiones, sintió erizársele los cabellos, puesto que por ambicion de mando había ya quitado la vida á su mujer y á sus hijos. «Habiendo, pues, nacido Jesús, dice el Evangelio, he aquí que unos Magos vinieron del Oriente á Jerusalem, preguntando: ¿Dónde está el nacido rey de los Judíos? porque nosotros vimos su Estrella en Oriente, y hemos venido con el fin de adorarle. Oyendo esto, el rey Herodes turbóse, y con él toda Jerusalem.» En cuanto á Jerusalem es de creer, que unos quedarían turbados de alegría, y otros de espanto, cada uno segun sus pasiones; pero la turbacion de Herodes era de celos y de furor. Y esta, hermanos míos, es la triste condicion de los inicuos, no gozar nunca, presos continuamente de agitacion y de sobresaltos de todo género; hasta el aire que respiran los asusta. Por el contrario; el hombre honrado y virtuoso, de pura conciencia y que está en gracia del Señor, vive siempre seguro y tranquilo en su virtud, aunque se arruine el universo; pues sabe que aún en medio de horribles y espantosas ruinas, al cabo y al fin, nada tendrá que temer, porque para él la muerte es la puerta que le abre el camino á la felicidad eterna.

Por lo tanto, Herodes reunió al instante el Gran Consejo, prosigue el Evangelio, ó sean, todos los príncipes de los sacerdotes y los escribas del pueblo, para saber por ellos en donde Cristo había de nacer. En este Gran Consejo, que se llamaba Sanedrín, sentábanse en aquel tiempo cuanto encerraba todavía Judea de hombres respetables por su saber, virtud y celo de la doctrina de la ley; entre los cuales el Talmud nombra á un anciano venerable, llamado Simeon, que sería probablemente el mismo que despues tuvo en el templo al niño Jesús entre sus brazos. Y habiendo contestado el Gran Consejo, que el Mesías debía nacer en Belén de Judá, Herodes maquinó un delito horrible, esto es, el deicidio; y para mejor conseguirlo, guardó el secreto y mantuvo sereno el rostro. Hizo llamar á los Magos, los honró con toda suerte de festejos, y con un solemne banquete, al son de flautas, cimbales y tamboriles, segun se acostumbraba en tales casos; y luego, afectando ánimo sereno y generoso, aún más de

lo que aparecía por semejantes demostraciones, llamó á los Magos en secreto, averiguó cuidadosamente de ellos el tiempo de la aparicion de la Estrella; y encaminándoles á Belén, les dijo: «Id, é informaos puntualmente de lo que haya de ese niño; y cuando lo hayais encontrado, avisádmelo para ir yo tambien á adorarle (1).»

Ahora notad aquí, hermanos míos, el arte de los malvados, que se cubren con el manto de la amistad para robarnos el secreto del corazon, y así conseguir mejor el engaño y empujarnos hácia el precipicio. ¡Oh vituperio de la sociedad y de la Religion! ¡Quién podrá ponderar, á cuantas familias, esos engañadores de las personas sencillas y mal aconsejadas, sumen en el dolor, en los desórdenes, en las desconfianzas reciprocas, en la desgracia y en la más espantosa miseria; y no por necesidad de oficio, sinó por su génio malvado, que se alimenta del llanto y de la consternacion de aquellos á quienes dan el nombre de hermanos! ¡Oh, malvados! que otro nombre no mereceis; no esperéis escapar del tremendo juicio de Dios, que para vosotros especialmente será juicio de severísima condenacion. Y vosotros, hermanos míos, sed cautos, y no deis crédito *omni spiritui*; ántes bien á la santa sencillez, unid la prudencia cristiana que os recomienda el Evangelio, precaviéndoos así de la malicia humana.

Los Magos, pues, gente de ánimo cándido y franco, como suele serlo el de la mayor parte de aquellos que aplican su talento á la meditacion y á las sublimes especulaciones de la sabiduría, creyeron á Herodes; por consiguiente, poniendo su mano derecha sobre el pecho, prometieron complacerle. Despidiéronse, pues, del inicuo monarca, y plegadas las tiendas y aparejados los dromedarios, pusiéronse en camino para Belén, entre la curiosa sorpresa de los ciudadanos, á cuyos saludos correspondían con ademanes graves y solemnes, segun la costumbre oriental (2). Ahora advertid la diferencia, hermanos míos, entre Herodes y los santos Magos de Oriente. Herodes disimulaba sus ambiciosos proyectos; los Magos mostrábanse sencillos, sinceros é ingenuos como la gracia del Cielo que les informaba. Y esta es, precisamente, la diferencia que media entre la virtud y el vicio, entre los buenos y los malos. Finjan é imiten, más ó ménos perfectamente, costumbres morigenadas, sonrían cortésmente cuanto les plazca y desháganse en cortesías y acatamientos; que su ánimo fiero, malicioso, y corrompido profundamente, no aparece ménos malvado y terrible bajo las apariencias de urbanidad y condescendencia con que se cubren.

Miéntas tanto, los Magos, en su apacible confianza en Dios, retro-

(1) MATTH. II, 5, 6, 7, 8.

(2) MATTH. II, 9.

cediendo y saliendo por la misma puerta que habían entrado, la de Damasco, avanzaron por el escabroso camino que conducía á Belén. ¡Salve, oh santos Reyes Magos, y no desconfieis, que no os faltará la proteccion del Cielo! Así fué: puesto que apénas habrían andado una hora de camino, al llegar á la misma fuente donde habían descansado de sus fatigas, ellos y sus camellos, disponiéndose para entrar en Jerusalem, se les apareció de nuevo la resplandeciente Estrella, que se les había ocultado en aquel mismo lugar. «Y oido el rey, y partido que hubieron, dice el Evangelio, hé aquí que la Estrella que ya habían visto en Oriente, les iba delante (1).» Por consiguiente, lleno el corazon de inesperado júbilo, dieron por ello solemnes gracias á Dios. «Y vista la Estrella, se regocijaron con una alegría extraordinaria.» Les sucedió como al navegante, que despues de haber luchado toda una interminable noche con las olas y la muerte, ve, al despuntar el dia, tierra amiga, que le ofrece hospitalidad. Pero ¿por qué, hermanos míos, se les había ocultado la Estrella, que ahora vuelve á señalar la direccion de sus pasos? El hecho por sí mismo se explica: fué para que Herodes permaneciese en tinieblas y en la agicion de sus incertidumbres, en justo castigo de su ánimo perverso; y ellos recibieran el premio de su fé. De este modo se burla Dios de la malicia de los inícuos (2).

Prosiguiendo, pues, su camino con tal guía, vieron á no tardar los muros de la pequeña Belén. Y guiados á la misma casa donde habitaba Jesús con María su madre y José su padre putativo, así que entraron en ella, vieron con sus propios ojos el gran misterio, voto supremo de su corazon. Hicieron tres profundas inclinaciones, segun la costumbre de su país, y depuesto el calzado é inclinada la frente, se postraron para adorar al nacido Rey del mundo, que la Virgen Madre sostenía en sus amorosos brazos! ¿Qué diría la orgullosa razon, no alumbrada por la fé, á la vista de un niño envuelto en pobres pañales en el regazo de una pobre madre, que aunque bellísima entre todas las hijas de Eva, en aquel lugar y en sus condiciones parecía la más desventurada de las mujeres? ¡Ah! ella lo hubiera tomado á escándalo: ya que no se cuida, ni entiende, ni se deleita más que en la materia, donde se derrama y consume toda. Empero, la filosofia del Niño de Belén es la verdadera filosofia de la vida, la cual explica los misterios de la divina sabiduría, que Dios oculta á los soberbios, y revela solamente á los humildes de corazon.

(1) MATTH. II, 9.

(2) PSALM. II, 3.

(3) MATTH. loc. cit. 11.

Cumplido el acto de adoracion, los Magos ofrecieron al Hijo y á la Madre los dones que consigo habían traído del Oriente; ó sea, oro, incienso y mirra (1). Y tal vez con estos dones, en aquellos meses, María y José, no pudiendo vivir de su trabajo, nutrieron la vida de Jesús. ¡Figuraos, pues, que gratitud mostraría á aquellos personajes la Virgen, especialmente, cuyo corazon, tan amoroso, tan digno era del de su Hijo, que por un acto excesivo de caridad había descendido del Cielo á salvar el mundo! Con qué palabras la expresase, jamás seremos capaces de ponderarlo: nos basta saber, que los Magos, de regreso á su país, no hablaban de otra cosa sinó de las gracias celestiales de Aquella, en cuyos brazos habían visto el Salvador de la tierra; por lo cual la santísima Virgen, Madre de Jesús, quedó tan impresa en la mente de aquellos pueblos, que jamás perdieron la idea de Ella, ni aún en medio de su corrupcion y de la total decadencia á que llegaron (2). ¡Tan cierto es, que quien llega á conocer á María, es necesario que se enamore de Ella y la ame, por ser tan bondadosa, tan amable y llena de esplendor, que despues de Jesús, su Hijo y verdadero Hijo de Dios, es Ella la maravilla más estupenda de la Creacion y de la Redencion! Tambien se ha de considerar, hermanos míos, en la venida de los santos reyes Magos á Belén para hallar y adorar al recién nacido Hijo de Dios y de la Virgen, otro hecho grande y maravilloso, que pasa desapercibido de la mayor parte de los hombres: y es, la restauracion que empezó á formarse de la familia humana al rededor de Cristo, que, á consecuencia del pecado, se había ido disolviendo por espacio de tantos siglos; por más que aquí y allá se hubieran formado grupos de hombres llamados imperios, pero que, en sustancia, solo eran violentas ó superficiales agregaciones. De ahí, pues, que los hijos de Jafet se reunieran, desde la adoracion de los Reyes Magos, en la misma fé y el mismo amor con los hijos de Sem, reconociendo y adorando al recién nacido Hijo de Dios; y no tardaremos en ver que les imitó la familia de Cam. Cuyo movimiento de recomposicion de la humana familia, es la que se llama civilizacion cristiana; civilizacion que no se estacionará más, porque Jesucristo será adorado en la tierra hasta la fin de los siglos; y acabará de descomponerse la pagana, por más que en parte resista y lleve la turbacion á la cristiana, porque todavía no ha concluido el propósito de Herodes, de acabar con el Cristo del Señor.

Los Magos, que no tenían motivo de detenerse por más tiempo en

(1) MATTH. loc. cit. 11.

(2) Orsini; *La Vergine*, tom. I.

la Judea, deseosos como estaban de publicar en sus remotas regiones el feliz resultado de su viaje, dispusieron á partir de Belen. Y siendo hombres de buena fé, amantes de cumplir la promesa hecha á Herodes, de referirle dónde se hallaba el Mesías, pensaban tomar nuevamente el camino de Jerusalem; cuando el Angel del Señor les manifestó por una vision en sueños (1), los infames designios que el odio inspiraba á aquel malvado. Así es, que poniéndose en camino, en vez de seguir las estériles y peligrosas costas del lago Maldito, dieron sus camellos la vuelta por el mar Grande para volver á su país: «Y habiendo recibido en sueños un aviso del Cielo, dice el Evangelio, para que no volviesen á Herodes, regresaron á su país por diverso camino (2).» Id, generosos hijos de Oriente, y anunciad á vuestras tribus la gloria que visteis del Señor; decid que ha venido, y que ha empezado á reinar! Si; ha comenzado á reinar, y quedarán confundidos todos cuantos adoraron hasta aquí maderas trabajadas, vanos simulacros, obra de sus manos (3). Ha empezado á reinar, y su justicia brilla ya en el alto Cielo, y su gloria se difunde sobre todas las naciones de la tierra. Reinará sobre todas ellas, y sus príncipes vendrán á recogerse bajo el estandarte de su Redencion: ¡impotentes serán los esfuerzos de la ira de los poderosos, que se conjuren fuertemente contra Él! Regocíjate, pues, oh monte sagrado de Sion, y vístase de fiesta todas las hijas de Judá, porque va á cumplirse la misericordia del Señor! Aquel que ha nacido, es nuestro Dios, que reinará por los siglos de los siglos (4).

Si, reina ¡oh divino Salvador! reina sobre todos nosotros y sobre todos los pueblos del uno al otro confin de la tierra. Por Ti suspiraron largos siglos los Profetas, te llamaron con gemidos de profundo dolor los Patriarcas y todos los justos de la antigua alianza; en tu futura aparicion al mundo solo vieron el rayo de posible esperanza para la regeneracion universal de los pueblos, cuantos conocieron el terrible misterio con que el hombre perdió en el principio de los siglos la justicia original é inocencia de que estuvo revestido. Ya que con tanto amor descendiste del Cielo para salvarnos, apresúrense todas las naciones á adorarte en tu presencia, y á enzalzar tu nombre y tus misericordias (5).

Y Tú ¡oh bella María! guíanos con la luz divina que despidе tu

(1) MATTH. loc. cit. 12.

(2) MATTH. loc. cit.

(3) PSALM. XCVI.

(4) IBID. XCVII.

(5) PSALM. LXXXV. 8.

rostro celestial; porque así como apareció á los Magos un astro milagroso para que, siguiéndolo, hallasen el lugar donde Tú morabas con tu dulce Hijo; apareciste tambien Tú, como mística Estrella, destinada á guiar á todas las generaciones humanas, que caminan por las tinieblas y las sombras de muerte de este miserable destierro. Asómate ¡oh María! desde lo alto de los Cielos donde estás sentada, Reina de la gloria, y bastará esto para que se alejen las tinieblas y renazca la vida de amor en todos los corazones, que regenerados á la gracia, formarán el reino de las complacencias del tuyo y nuestro Jesús sobre la tierra, para ser un dia su herencia bienaventurada en el Cielo. ASÍ SEA.

DIA VEINTE Y TRES.

LA PURIFICACION.

Tulerunt illum in Jerusalem, ut sisterent eum Domino.

Llevaron al niño á Jerusalem, para presentarle al Señor.

(Luc. II, 22.)

Son tantos y tan vários los modos con que la Religion católica procura dominar al hombre y someterle dentro y fuera á su imperio, que quien no busque bien ni considere los altísimos motivos de sus actos, puede caer fácilmente en la tentacion de reputarla como una carga harto fastidiosa é intolerable. Y tal es el defecto de la filosofia de nuestros dias, que no creyendo en el estado de naturaleza viciada y corrompida, en que el hombre es apenas un miserable despojo de la obra perfecta que habia sido cuando salió inocente de las manos del Criador, quiere que nada le falte para que con sus fuerzas naturales pueda llegar al fin de su creacion. ¡Triste filosofia por cierto! pues, los mismos filósofos paganos conocieron, que somos criaturas